

la parte triunfante que goza de la presencia de Dios en el cielo, nos debe de animar á seguir el buen camino; porque cumplidos por nosotros los preceptos de la religion, los infinitos méritos de los santos mártires, como san Estéban, nos sirven de apoyo para continuar en la gracia, y con ella obtener los beneficios que nos dispensa en esta vida, y esperar el premio prometido á los justos en la otra. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN ESTÉBAN.

(DE MASSILLON.)

Et non poterant resistere sapientiæ, et spiritui qui loquebatur.
No podían resistir á la sabiduría y al espíritu que hablaba en él
Act. c. 6. v. 10.

Todos los cristianos están constituidos por el bautismo testigos y defensores de la verdad. Esta es un sagrado depósito que puso la iglesia en nuestras manos cuando nos reengendró, el que estamos obligados á conservar en este lugar de errores y tinieblas, y á defenderle contra las falsas máximas que no cesa de oponerle el mundo; este es uno de los principales cargos del justo, el cual debe brillar en el mundo, segun la expresion del Apóstol, como un astro siempre resplandeciente, disipando con la claridad de sus luces las tinieblas que las pasiones esparcen entre los hombres, enderezando con la majestad de su curso tantos caminos torcidos de que está lleno el mundo, y confundiendo con su pureza é inocencia los excesos y desórdenes de que está rodeado; pero como los justos son raros en la tierra, hay muy pocos fieles que hayan conservado el derecho de defender la verdad; para esto es necesario conocerla, y casi todos los hombres la ignoran; es necesario amarla, y todos buscan mas sus propios intereses que los de la verdad; finalmente es necesario amar á nuestros prójimos, y la caridad que nos une á ellos casi es mas rara que la verdad que nos manifiesta en ellos las razones que nos los hacen amables.

Estas tres instrucciones nos ofrece hoy, católicos, la solemnidad del santo mártir cuyos ejemplos, mas que sus virtudes, in-

tento proponeros. Jamas tuvo la verdad defensor mas celoso, porque nunca se juntaron en un solo sugeto tanta ciencia, tanto valor y tanta caridad; el amor que nuestro santo tuvo á la verdad fué un amor ilustrado, un amor intrépido, y un amor tierno y compasivo; pero nosotros, ó no amamos la verdad, porque nuestras pasiones nos impiden el que la conozcamos, ó si la conocemos, no nos atrevemos á declararnos por sus defensores, porque tenemos mas temor al mundo que amor á la verdad; ó finalmente si la defendemos, nuestro celo no tanto es amor á la verdad como aborrecimiento á los que se oponen á ella. Imploramos los auxilios de la Virgen santísima, saludándola con el ángel: *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

La inocencia de la vida, el deseo de saber, y la pureza de intencion son las tres fuentes de la luz; la inocencia de la vida, porque un corazon corrompido nos oculta las verdades que nos condenan, y esta es una ignorancia de corrupcion; el deseo de saber, porque la verdad nunca se manifiesta á aquellos que no la buscan, y esta es una ignorancia de pereza; finalmente la pureza de intencion, porque como dice san Agustin, el buscar la verdad por cualquiera otro motivo que no sea por ella misma, es no querer hallarla; y esta es una ignorancia de malicia. En estas tres disposiciones para hallar la verdad nos servirá hoy de modelo nuestro santo mártir.

La inocencia de sus costumbres fué el primer principio de su sabiduría. Llegó al conocimiento de Jesucristo con un corazon puro, una juventud santa, un espíritu preservado de la corrupcion, y una feliz ignorancia de todos los desórdenes que manchan regularmente las primeras costumbres y los primeros pasos que damos en la vida.

Aumentándose pues el número de los fieles, y buscando los apóstoles (que no podían atender á todos los negocios de que estaban encargados) unos hombres llenos de fe y del espíritu de Dios, á quienes pudiesen confiar parte de su ministerio, y asociarlos, como en otro tiempo Moises, á la construccion del tabernáculo santo y á la formacion de la Iglesia, dieron desde luego este honor á san Estéban, y fué declarado el primero de

aquellos nuevos ministros. ¡Qué gloria esta, católicos! entre tantos discípulos, testigos todos de la resurreccion de Jesucristo, llenos todos de los dones del Espíritu santo que poco ántes se habian derramado sobre ellos, la mayor parte compañeros de los trabajos y viajes de su divino maestro, depositarios de su poder, que seguian sus pisadas y lanzaban de los cuerpos los espíritus inmundos; entre estos hombres, fundadores de la fe, conquistadores de los pueblos, las primeras columnas de las iglesias, que eran tenidos por dioses, y que ya servian de espectáculo al cielo y á la tierra, entre todos estos es preferido san Estéban, y entre tantas luces brilla este nuevo astro, y se hace admirar él solo, como si estuviera en medio de una profunda noche.

Y así san Estéban se dispuso para ser ministro de la verdad, desembarazando desde luego su corazon de todas aquellas pasiones que nos la ocultan. Porque, católicos, ¿de qué provienen tantas falsas máximas como nos estamos formando todos los dias acerca de nuestras mas esenciales é indubitables obligaciones? ¿De qué provienen tantas tinieblas como esparcimos sobre la mayor parte de las leyes de la vida cristiana, para suavizarlas, ó para impugnarlas? ¿De qué proviene que casi nunca queramos creer las verdades que nos condenan, y que entre tantos pecadores de que está lleno el mundo, casi no haya uno que no se justifique á sí mismo sus propios fines, ó que á lo ménos no los mire por aquel lado que minora á su propia vista su infamia y su injusticia? ¿De qué proviene que el impúdico casi no conozca su infamia y su flaqueza, que el vengativo halle su gloria en su misma confusion, que el injusto solo vea en la iniquidad de sus ganancias y utilidades su felicidad y sus ardidés; que el avaro en medio de tantas miserias como afligen á sus prójimos, se valga de las mismas desgracias de los tiempos, como de pretextos para justificar su obstinacion y barbaridad; que el alma mundana mire su embriaguez y sus distracciones como privilegio de su edad ó de su estado, y como condicion necesaria á la vida humana? ¿De qué proviene que en vez de anunciar el Evangelio desde estos púlpitos, casi no nos ocupamos mas que en justificarle; que en vez de condenar y juzgar al mundo con la verdad, es necesario que defendamos la verdad contra el mundo; y que nuestro ministerio, que solamente fué establecido para inspirar la virtud, casi no sirva mas que de

impedir que no se confunda con el vicio? Consiste, señores, en que cada pecador halla en su pasión el mismo velo que se la oculta, en que nuestras luces no están puras sino cuando lo está nuestro corazón, en que es necesario empezar domando nuestros afectos, para llegar al conocimiento de nuestras obligaciones, y en que la verdad es fruto de la pureza y de la inocencia; de esto proviene que casi todos los pecadores se hallan tranquilos en su estado, que ven el peligro de las pasiones ajenas, y están ciegos acerca del precipicio que se disponen á sí mismos: de esto proviene que el ambicioso desprecie la sensualidad como una vida oscura y perezosa; que el sensual no vea en la ambición mas que un loco furor, que nos hace mártires de nuestras propias quimeras; en una palabra, que cada uno vea desde lejos los peligros en que no se halla, sin que tenga ojos para ver aquellos en que continuamente se está precipitando.

Pero no basta llegar al conocimiento de la verdad con un corazón puro, es necesario añadir á esta primera disposición un sincero deseo de conocerla; la inocencia de san Estéban le dispuso los primeros caminos para llegar al conocimiento de Jesucristo, pero no se quedó aquí; á pesar de las preocupaciones de su pueblo contra la doctrina y persona del Salvador; á pesar de las injuriosas noticias que esparcían los fariseos contra la santidad de sus obras y contra la verdad de su ministerio; á pesar de la infamia que estaba aneja á la pública profesión de ser del número de sus discípulos; y aun á pesar del desprecio que amenazaba á los que seguían sus máximas y daban crédito á la esperanza de sus promesas, Estéban busca aquella luz que ya se le empezaba á manifestar, suspira como los patriarcas sus antepasados, por el libertador cuya llegada conoce ya próxima, estudia en Jesucristo las señas y cualidades anunciadas en los profetas, las descubre en sus obras y doctrina, y el conocimiento de la verdad es el premio del sincero deseo que siempre habia tenido de conocerla.

Pero nosotros, católicos, vivimos en una profunda ignorancia de nuestras obligaciones, porque no queremos saberlas, y huimos de todo lo que puede aclarar nuestros errores y disipar nuestras tinieblas. Nos alegramos de podernos formar una conciencia tranquila en nuestros desórdenes; amamos esta falsa paz que es fruto de nuestra ceguera y de nuestro engaño;

evitamos todo lo que pudiera turbar esta falsa tranquilidad; somos hábiles para escondernos de la luz que á pesar nuestro nos persigue y alumbra; ideamos falsas razones para debilitar la verdad, y la miramos, según la expresión de Job, como mentira y como sombra de la muerte: *Et si subito apparuerit aurora, arbitrantur umbram mortis*. Tenemos por exceso todo aquello que nos condena; tratamos de escrúpulo y nimiedad todo lo que no favorece la preocupación de nuestras pasiones; todo lo que se opone á lo que nosotros amamos, lo tenemos mas por opinión de hombres que por decisiones de la verdad; lo que nos manifiesta á nosotros mismos, lo miramos como censura y no como instrucción; no nos contentamos con vivir en el error; queremos, como dice san Agustín, que lo que amamos sea la verdad; por eso en vez de servir los cristianos pulpitos para desengañarnos, no hacen mas que indisponernos; miramos el ministerio de la divina palabra como un arte de exageraciones é hipérboles; oponemos nuestras propias luces á la luz de Dios; disputamos contra las decisiones del Evangelio, como si no fuera lícito apelar de Jesucristo á nosotros mismos, y como si el mundo pudiera justificar lo que el Señor condena. De este modo todo nos asegura en nuestros errores; la misma luz destinada á ilustrarnos, nos deslumbra y ciega; los remedios que debieran curarnos hacen en nosotros nuevas heridas; los ministros establecidos en la iglesia para nuestra santificación, cooperan en algun modo á nuestro daño; y por justos juicios de Dios, que permite siempre que la verdad sea ocasión de error para los que no la quieren conocer, hallamos la muerte y las tinieblas en donde debiéramos hallar la luz y la vida.

Finalmente la última disposición que preparó á san Estéban para el conocimiento de Jesucristo fué la pureza de intención. No se propuso mas fin en buscar la verdad que la dicha de conocerla: los intereses humanos no le pudieron apartar de Jesucristo: sabia que las persecuciones y oprobios eran la única recompensa que habia prometido en la tierra á sus discípulos; no buscaba una vana distinción, pues su elevación al ministerio fué premio de su modestia é inocencia; ni los primeros puestos en el reino de su Señor, pues habia oído de su divina boca, que el último de sus discípulos sería el primero; ni las frívolas alabanzas de los hombres, pues por este medio se exponía á sus burlas y censuras; ni una vida mas acomodada y tranquila,

pues no se le había prometido mas que hambre, sed, pobreza, trabajos y penas; ni tampoco la gloria de obrar prodigios, como el sacrilego Simon, porque había oído que no todos los que obrasen milagros serian por eso puestos en el número de los discípulos de su divino Maestro. Buscó á Jesucristo por el mismo Jesucristo; conoció que en él se hallaban todos los tesoros de la ciencia y de la prudencia, que hallando á Jesucristo todo lo había hallado, y que si buscaba en él otra cosa mas que á él mismo, era perderle.

¡ Qué instruccion, católicos, para la mayor parte de los que me están oyendo! Nosotros cuando buscamos la verdad, casi siempre mezclamos unos intereses humanos y unos fines viles é indignos. La salvacion por sí sola no nos parece premio suficiente de nuestros cuidados y diligencias; el mismo Dios no nos parece bastante para nosotros; es necesario que el mundo, los hombres y la tierra llenen el lugar que nos parece no hallar en él; casi todos buscan sus propios intereses mas que los de Jesucristo: llamo intereses propios á una vana reputacion, á los primeros puestos en un reino terreno, y á la gloria vana de agradar á los hombres, la que casi siempre es incompatible con la gloria de ser siervo de Jesucristo; buscan el honor que resulta de la virtud y no la misma virtud. ¿ Qué mas diré? Buscan muchas veces el secreto deseo de debilitar ó impugnar la verdad, dando á entender que desean conocerla. Estas son, católicos, las siniestras intenciones con que la mayor parte de los hombres buscan la verdad y la virtud.

Unos no se declaran á favor de Jesucristo hasta que los abandona el mundo, mirando la virtud como recurso de las pasiones y decencia de la edad avanzada; esperan á no ser á propósito para el mundo y los placeres, para serlo para el reino de Dios y para su justicia; cubren con apariencias de religion los pretextos de una vida pecaminosa y mundana, y no pudiendo ya divertirse con los vicios, se valen artificiosamente de la virtud para sus fines.

Otros miran la piedad como ganancia; hacen que el don del cielo sirva á las esperanzas de la tierra, buscan al mundo fingiendo que huyen de él, quieren agradar á los hombres dedicándose á servir á Dios; y despues de haber agotado todos los pecaminosos arbitrios de sus pasiones para conseguir sus fines, se valen hasta de la misma virtud.

Otros solamente se proponen en la virtud el alivio de las inquietudes de la culpa; se hallan cansados de sus pasiones, pero no deseosos de la virtud; sienten el peso del desórden, pero no el horror de sus pecados; quieren poner fin á sus desasosiegos, pero no dar principio á su penitencia; mas intentan ponerse en paz consigo mismos que con Dios; desean sosegar su corazon, pero no purificarle; y no habiendo podido hallar descanso en la culpa, le buscan en la virtud.

Finalmente tambien hay algunos que no buscan la verdad mas que para hallar en ella armas con que impugnarla; unos hombres corrompidos en el espíritu y en el corazon, como dice el Apóstol, que no buscan en la doctrina de la religion mas que aquellos pasajes que se la pueden hacer sospechosa; que no leen las divinas Escrituras sino para hallar en ellas motivo para debilitar su autoridad y evidencia; que estudian con vana curiosidad la santidad de nuestros misterios, para convertirlos en motivo de sus dudas y blasfemias; que solamente quieren instruirse para resistir á la luz, y hacen que la verdad sirva de ocasion á su ceguedad y á sus tinieblas. Este, católicos, es el motivo de que ya casi no se halle fe en la tierra, y de que la verdad se manifieste á muy pocos fieles, porque hay pocos que se dediquen á buscarla como san Estéban con un corazon puro, con un sincero deseo de conocerla, y con una intencion tan recta, que no se proponga mas fin que la misma verdad. Pero no solamente halla la verdad en nuestro santo mártir un defensor ilustrado, sino tambien un defensor intrépido.

PARTE SEGUNDA.

Tres son los defectos que se oponen á la cristiana fortaleza con que todo fiel está obligado á ser intrépido defensor de la verdad. El primero el temor de los hombres, que á pesar de nuestras propias luces hace que nos declaremos contra ella; el segundo la prudencia de la carne, que hace que aunque la conozcamos guardemos un culpable silencio, y no nos atrevamos á defenderla públicamente; por último una falsa condescendencia que queriendo conciliar la verdad y la mentira, la altera ó la mitiga, y procura agradar á los hombres á costa de la verdad y de la conciencia: la vida pues del santo mártir, cuya

memoria veneramos en este día, nos ofrece instrucciones y virtudes muy opuestas á estos tres defectos.

Primeramente, aunque despues que fué herido el pastor se hubiesen desparramado las ovejas; aunque el furor de Heródes, la malicia de los sacerdotes y la supersticion del pueblo diesen gran motivo para temer á los nuevos discípulos; aunque la mayor parte de los que habian sido testigos y aun partícipes de los prodigios de Jesucristo, temiendo ser comprendidos en su condenacion, se hubiesen declarado á favor de sus enemigos, y juntándose á ellos esparciesen calumnias y oprobios contra su memoria, y por mas premios que ofreciesen los judíos á la cobardía de aquellos que se declaraban contra el Salvador; san Estéban siempre persevera en la fidelidad que le habia prometido, no se deja vencer como Pedro, ni corromper como Júdas: igualmente insensible á las promesas y á las amenazas de los hombres, solamente teme á aquel que siempre permanece, y que es el único que puede perder ó salvar eternamente á las almas; mira con un santo dolor la ceguedad de su pueblo contra Jesucristo; el ejemplo comun en vez de hacerle dudar, le asegura y confirma; en el público error halla nuevos motivos de fidelidad y de cautela; se acuerda de que segun la doctrina de su divino Maestro, el partido de la multitud casi nunca es el de la verdad, que el mundo no puede amar á Jesucristo, que las persecuciones y oprobios son las señales mas propias de su Evangelio, y que el camino que nos manifestó es demasiado estrecho y difícil para ser el del mayor número de los hombres.

Y esto, católicos, es lo que confunde nuestra poca fe y condena nuestra cobardía en todas las acciones de nuestra vida. Nosotros respetamos las decisiones del mundo, aprobamos lo que aprueba la multitud, aplaudimos y nos conformamos con lo que autoriza el comun ejemplo, hacemos mas aprecio de los errores públicos que de la verdad, no nos atrevemos á contradecir el estilo comun del mundo y de las pasiones, tememos la singularidad como vicio, siendo esta la señal mas característica de los discípulos de Jesucristo; de nada sirve que la gracia nos ilumine interiormente y nos descubra las ilusiones del mundo y de sus máximas; que una educacion cristiana y un natural feliz hayan puesto en nosotros alguna semilla de verdad, que nos hace conocer la falsedad y el peligro de los caminos que sigue la mayor parte de los hombres, y que nuestra conciencia

de comun acuerdo con la ley de Dios, nos dicte en secreto las máximas de la vida eterna; nosotros siempre hablamos como el mundo, aunque no pensemos como él; nos burlamos como él de la verdad, aunque realmente conozcamos su valor y excelencia; tributamos vanas alabanzas á las pasiones, cuya vanidad y locura estamos interiormente conociendo; disfrazamos aquellos abusos de cuya injusticia no podemos dudar; aprobamos los deleites que condena nuestra conciencia; todos los dias estamos defendiendo las máximas del mundo, al mismo tiempo que interiormente nuestro corazon se opone á nuestras decisiones; solamente nos valemos de la verdad que se nos manifiesta, para retenerla con injusticia; casi siempre estamos haciendo traicion á nuestra conciencia y á nuestro interior conocimiento; nos dejamos llevar de la multitud, no nos atrevemos á defenderla solos, tememos la singularidad de la virtud y de la verdad, como una cosa ridícula que nos cubriría de vergüenza; toda nuestra vida es un continuo ultraje á la verdad, unas veces por condescender con nuestros superiores, otras por conformarnos con nuestros amigos, otras por temor de las burlas y censuras, otras por una vana indiferencia que hace no hagamos mas caso de la verdad que de la mentira, otras por una embriaguez y mala fe que procura deslumbrarse en sus desórdenes, publicando unas máximas que interiormente estamos condenando; otras por una falsa virtud de sociedad que mas quiere aplaudir la mentira que defender la verdad que incomoda; otras porque hallamos un género de gusto en hablar como aquellos á quienes aplaude el mundo: finalmente casi siempre nos declaramos á favor del mundo contra Jesucristo; en vez de ser testigos fieles entre los hombres, nos juntamos con ellos contra su Majestad, alabamos como virtudes en nuestros amigos los defectos que condena la ley de Dios, adherimos á sus errores, y les ayudamos á que se hagan mas inexcusables; damos á sus pasiones los nombres de justicia y equidad, llamamos á sus venganzas sentimientos justos, á sus pecaminosas conexiones señales y efectos de un corazon tierno y fiel, á sus infames desórdenes flaquezas dignas de perdon, á sus insensatas profusiones inclinaciones de una alma noble y generosa, á su desmesurada ambicion grandeza de corazon y de ánimo, á su vil avaricia prudente economía, á su cruel murmuracion agradable viveza, y al furor del juego de

que están poseídos, descanso necesario : en una palabra , rara vez sucede que defendamos los intereses de la verdad ; somos furiosos , altivos é intratables cuando se habla contra nuestras pasiones ; pero cobardes , tímidos y viles cuando solamente se trata de la verdad ; no conocemos aquel santo valor , aquella rectitud de corazon , aquella alta magnanimidad , aquella noble sencillez , tan respetada aun en el mundo , de que tan grandes ejemplos nos han dejado los primeros discípulos de la fe , y que ha sido siempre el distintivo de las almas fieles ; vivimos para los hombres , y no vivimos para Dios ni para nosotros mismos ; consagramos á los hombres nuestra conciencia , nuestra religion , nuestro genio , nuestras prendas , nuestro entendimiento y nuestro corazon ; los hombres son el fin de todas nuestras ideas y el motivo de todas nuestras acciones , como si pudieran servirnos de premio y recompensa ; lo que no hacemos por ellos lo contamos por perdido , como si solamente fuera real y verdadero lo que ha de perecer con nosotros ; y despues de haber pasado muchos años en este método de vida , nos hallamos á la hora de nuestra muerte sin poder contar para Dios , que es para quien únicamente debieramos vivir , ni un instante de toda nuestra vida .

El segundo defecto , opuesto á aquel cristiano valor de que hoy nos da ejemplo nuestro santo mártir , es la prudencia de la carne , que hace que aunque conozcamos la verdad , guardemos un culpable silencio y no nos atrevamos á defenderla públicamente : no basta pues el no declararse por el mundo contra Jesucristo , y guardar entre los dos una especie de neutralidad , por decirlo así ; es necesario tambien confesar públicamente á Jesucristo sin rodeos ni vergüenza ; el que no está con él es contra él , y no atreverse á declararse por discípulo suyo , es ser su perseguidor y contrario ; y en esto tambien nos instruye y condena el valor de san Estéban . ¡ Qué vanos pretextos no hubiera podido idear para condescender con los judíos con un prudente silencio , sin argüirles públicamente de su ceguedad y pecado ! El pretexto de esperar una ocasion mas favorable , en la que la verdad pudiera hallar mejor entrada en su espíritu , la incertidumbre en que se hallaba de si seria oído ó no , el no arrojar la preciosa margarita del Evangelio á los animales inmundos , el temor de excitar una persecucion contra la iglesia , irritando el furor de los judíos ; una falsa modestia , persuadién-

dose á que habiéndose reservado los ápostoles el ministerio de la divina palabra , era preciso dejarsele , y cuidar solamente de las viudas que le habian confiado y de la distribucion de las limosnas ; el ejemplo de los demas diáconos nuevamente electos , que no salian de sus funciones , ni corrian á anunciar en el pueblo á Jesucristo ; pero nuestro generoso mártir no atiende á las vanas razones de la carne y de la sangre ; entregado al impulso del espíritu de Dios de que estaba lleno , y que le animaba , explica á los judíos el espíritu y las figuras de la ley y les manifiesta á Jesucristo ; en toda la historia de sus mayores les hace ver pronosticada su ceguedad en los profetas ; les reprende su ingratitud y el olvido de los beneficios con que siempre les habia estado favoreciendo el Señor , les declara que ya está llena la medida de sus delitos y de los de sus padres ; con la sangre inocente que habian derramado , les hace presente la sangre de tantos profetas con que está manchada su ciudad , y se vale de sus propias armas para impugnarlos y combatirlos .

Aquí , católicos , hablo principalmente con las personas movidas de Dios : nos parece que estamos seguros en conciencia , cuando siendo testigos todos los dias de tantas falsas máximas como publican los mundanos , y de tantas ilusiones acerca de las reglas y obligaciones como se forman á sí mismos , de tantos escándalos de los que ni aun forman escrúpulo , nos parece , vuelvo á decir , que cumplimos con lo que Dios nos pide , con no aprobarlas públicamente , conteniéndonos dentro de la moderacion de un cobarde silencio , sin oponerles mas que una censura secreta y tímida ; nos valemos de mil pretextos para justificarnos á nosotros mismos nuestra cobardía , como son , el miedo de hacer odiosa la verdad , haciéndola demasiado incómoda ; la falsa persuasion de que no estamos encargados de las conciencias ajenas , y que no es de nuestra obligacion el instruir á nuestros prójimos ; el temor de indisponernos con nuestros amigos por nuestras importunas censuras , ó de que se burlen de nosotros si queremos oponernos á sus máximas ; finalmente , todo nos justifica á nosotros mismos en la indiferencia con que miramos la verdad ; nos olvidamos de que cada uno de nosotros en particular está encargado de ella , que somos deudores de la verdad á nuestros prójimos , que no vivimos en el mundo sino para impedir que el error prevalezca contra ella , y para conservar á la posteridad el idioma de la fe